



Capítulo 235

Uno de los Cuatro Grandes Poderes, líder de los Jujeosa.

El Rey de las Maldiciones, Cheonju (天呪).

«De verdad, gracias».

Al ver a Nangwon inclinar la cabeza repetidamente, expresando su infinita gratitud por la situación actual, Alon sintió curiosidad por saber por qué estaba allí.

… En realidad, parecía bastante normal cuando era más joven.

El Nangwon Alon que vio en Psychedelia tenía un aspecto diferente al actual.

Los extraños tatuajes en su rostro y sus ojos heterocromáticos.

La larga cicatriz quirúrgica, que se extendía desde la mejilla hasta la clavícula derecha, era prácticamente su símbolo.

Si no fuera por esos rasgos, habría sido casi imposible asociarlo con Cheonju.

¿Cómo podría alguien relacionar al Cheonju calvo y lleno de cicatrices con el hermoso joven que tenía delante?

Si no hubiera oído la historia de que su hermana había sido el detonante de que se convirtiera en el Rey de las Maldiciones,

quizá nunca lo hubiera creído.

«Sir Alon, ¿también planea llevarlo a él?».

El momento de sorpresa fue breve.

Una voz llena de hostilidad llegó desde su lado: era Rangban.

Hace solo unos instantes, Nangwon había estado abrazando a su hermana.

Ahora, gritó apresuradamente.

«¡Por favor, no nos abandones! ¡Somos diferentes de los demonios del norte!».

«Todos los demonios son iguales. ¿Qué tipo de demonio diferente podrías ser tú?».

Ante la fría respuesta, la expresión de Nangwon se empapó de desesperación.

Alon intentó recordar la raza de Nangwon.

«¿Era un semidemonio?».

Medio demonio.



Una raza que se sabe que fue exterminada hace siglos, cuando comenzó la historia original de Psychedelia.

Más allá de eso, no podía recordar mucho.

Por mucho que hubiera jugado al juego, no había profundizado tanto en su historia como para memorizar cada detalle del pasado como el propio abismo.

A partir de la conversación entre Rangban y Nangwon, pudo comprender a grandes rasgos la situación.

Tras un momento de reflexión, Alon miró al desesperado Nangwon.

«Yo me haré cargo de él».

«… ¿Estás diciendo que vas a acoger a un semidemonio?».

preguntó Rangban de nuevo, como si no pudiera creerlo.

Alon asintió con la cabeza.

«Sí».

—Perdóneme por decirlo, señor Alon, pero él es un semidemonio. Los semidemonio son una raza traicionera, nunca se sabe cuándo pueden apuñalarte por la espalda.

«¡Yo no soy así!».



Nangwon lo negó desesperadamente con todo su cuerpo.

Pero ni siquiera sus gestos frenéticos lograron suavizar la expresión retorcida de Rangban.

«Los semidemonios son peligrosos. Y, dejando de lado mi opinión personal, incluir a uno en el grupo de fuga no será beneficioso. Especialmente en una situación desesperada como esta, en la que no nos queda ninguna esperanza».

De hecho, sus palabras tenían sentido.

Si la percepción pública de los semidemonios era tan mala como la de Rangban, o peor, llevar a Nangwon con él sería una mala decisión en muchos sentidos.

Incluso dejando de lado los prejuicios personales, había muchas razones para oponerse a ello.

Sin embargo, a pesar de todo eso, Alon ya había tomado la decisión de salvar a Nangwon.

Un breve silencio llenó el espacio.

«Aun así, lo aceptaré».

dijo Alon con calma.

«… ¿Hablas en serio?».



preguntó Rangban una vez más.

Alon entendió sus preocupaciones, pero asintió de todos modos.

«Aquí todos están en la misma situación. Ninguno quería venir aquí y todos han sufrido un dolor terrible».

Habían sido testigos de horrores y soportado una agonía más allá de lo imaginable.

«Y, sin embargo, ¿solo por una diferencia de raza, le negarías a alguien una mano amiga?».

¿Usar la raza como factor decisivo para determinar quién vive y quién muere?

Eso sería como crear un infierno aún mayor dentro del infierno que ya existe.

«Me lo llevo».

Si su mente hubiera funcionado un poco más rápido, quizás se le habría ocurrido algo más convincente que decir.

—O eso pensó Alon por un instante.

«… Entendido».

Rangban finalmente asintió con la cabeza.



«Sin embargo, aunque puedes llevarte al chico, creo que tendrás que renunciar a la chica».

«¡N-no...!»

Nangwon entró en pánico aún más que antes.

Sus ojos, ahora enrojecidos por las lágrimas, mostraban su desesperada negativa a dejar ir a su hermana.

Alon se volvió hacia Rangban.

«¿Por qué?».

La mirada de Rangban se desvió hacia un lado.

«… Los bastardos de Baarma ya han hecho su trabajo. Mira su pierna».

Cuando Alon miró hacia abajo, vio un enorme huevo palpitante incrustado en la carne de la chica.

«Eso es…».

«Es una de las facultades de Baarma. En el momento en que se implanta un «huevo» en un cuerpo, sea cual sea su forma, el huésped no tiene más remedio que proporcionarle nutrientes hasta que nazca el parásito».

«… ¿Qué ocurre cuando nace el parásito?».



«El huésped muere. Y si la llevamos con nosotros, los cultistas de Baarma rastrearán nuestra ubicación».

«¿Estás diciendo que pueden rastrearnos?».

«Aunque los cultistas normales quizá no puedan, los obispos probablemente sí».

«Eso es mentira...».

La explicación de Rangban destrozó la frágil esperanza a la que se aferraba Nangwon, que torció el rostro con desesperación.

«No es una mentira. Si quisiera engañarte, habría hecho que los semidemonios parecieran aún peores».

Pero la expresión sombría de Rangban era prueba suficiente de que sus palabras eran ciertas.

«¡Uf, ejem, ejem!».

La hermana de Nangwon, que apenas respiraba hacía unos instantes, de repente tuvo un violento ataque de tos.

«¡Hermana, hermana...!»

Las lágrimas brotaron de los ojos de Nangwon y comenzaron a correr por sus mejillas.

Su hermana, acariciándole suavemente el rostro húmedo, miró a Alon.

«De verdad, gracias».

«.....»

«Por favor... cuida de mi hermanito... pase lo que pase...».

Una petición para que la dejaran atrás.

Pero para garantizar la supervivencia de su hermano a cualquier precio.

Las lágrimas brotaban sin cesar de sus ojos mientras pronunciaba su última súplica.

Su hermano pequeño, incapaz de llorar en voz alta, se aferró a ella con más fuerza aún.

Alon, observando a los hermanos, sin darse cuenta dejó escapar un profundo suspiro y levantó la mirada.

El cielo seguía ceniciente.

Y bajo esa extensión gris, se estaban gestando demasiadas tragedias.

Era sofocante, insoportable, hasta el punto de que incluso su corazón se sentía pintado en tonos grises.

En ese momento...

«Padrino».

«… ¿Qué pasa?».

«¿Quieres salvar a esa hermana?»

preguntó Rine con calma.

Alon se volvió hacia ella.

«¿Hay alguna manera?».

«Esa cosa... si actuamos ahora, tal vez podamos eliminarla».

Sin revelar ninguna emoción, se limitó a observar la pierna de la niña y habló sin rodeos.

«Yo también lo creo».

Como si estuviera de acuerdo, Peña también asintió con la cabeza.

Rine dio otro paso hacia la chica.



«Ese parásito está drenando la fuerza vital del huésped y convirtiéndola en algún tipo de energía antes de devolvérsela. Parece que está tratando de integrarse en un órgano vital del huésped».

«… ¿Para evitar que lo eliminan?».

«Exacto. Pero como aún no ha avanzado demasiado, creo que todavía podemos extraerlo. Sin embargo…».

«Sin embargo…?»

«Para eliminarlo por completo, tenemos que extraerlo desde la raíz, pero parece que el parásito ya se ha incrustado profundamente en su pierna. Eso significa que, para salvarle la vida, quizá tengamos que amputarle la pierna».

Dadas las circunstancias, era imposible realizar una intervención tan delicada.

La única opción era extirpar toda la zona infectada.

Era solo una esperanza a medias, pero justo cuando surgió una solución...

«No, tal vez… podamos salvarle la pierna».

Penia, perdido en sus pensamientos, de repente tomó la palabra.

-A-Ah...

La esperanza comenzó a brillar en los ojos de Nangwon.



####

Habían pasado exactamente dos semanas desde que Alon acogió a Nangwon.

Al final, la hermana de Nangwon se salvó sin tener que perder la pierna.

Esto fue posible gracias al poder divino de Kalannon.

«Ese parásito parece estar hecho de una forma débil de divinidad. Normalmente, la magia y el poder divino se repelen entre sí, por lo que intentar extraerlo con magia pondría en peligro su vida. Pero con el poder divino de Kalannon, podemos eliminarlo de forma segura».

Siguiendo el consejo de Penia, Alon utilizó el poder divino de Kalannon y logró salvar a la hermana sin mucha dificultad.

Y...

«Hermano, te traje algo de comida».

«No tenías por qué hacerlo».

«No, aunque sea algo pequeño como esto, quiero ayudarte».

Gracias a eso, Alon ahora tenía otro hermano menor (?).

Uno verdaderamente devoto.



Mientras aceptaba el camote asado que le ofrecía Nangwon, observó distraídamente que los ojos heterocromáticos podían brillar así.

«Gracias».

«No, yo te serviré toda la vida».

Casi respondió con un «No tienes por qué llegar tan lejos», pero...

al ver la firme determinación de Nangwon mientras asentía con decisión, no se atrevió a decirlo.

Alon terminó asintiendo sin pensarlo.

En ese momento...

«¡Ah!».

Ryanga, que también llevaba un camote, hizo una mueca al acercarse a Alon.

«¡Oye! ¡Era mi turno!».

«¿Cómo que era tu turno? Fuiste demasiado lento y se lo llevé a mi hermano antes de que se le hiciera hambre».

Esa fue la chispa que encendió una disputa entre Ryanga y Nangwon.



Teniendo en cuenta su estatus y poder futuros, la idea de que estos dos, que podían acabar con naciones enteras cuando luchaban, ahora solo discutían por comida, llenó momentáneamente a Alon de una extraña sensación de grandeza.

«… Sir Alon, así que estaba aquí».

Alon se volvió hacia Rangban, que había venido a buscarlo.

«¿Cómo está la situación?».

«Está bien. Especialmente esta vez, tenemos un gran número de sobrevivientes, y la mayoría de ellos son soldados capturados de la Unión en lugar de civiles».

Era una buena noticia.

Durante las últimas dos semanas, Alon había atacado más de cinco templos diferentes, rescatando a personas además de a Nangwon.

Como resultado, ahora había aún más personas reunidas en el escondite.

«Además, gracias a ti, la moral tampoco está tan mal».

«¿Por mi culpa?».

—Sí. La mera presencia de un dios es suficiente para ser una fuente de fortaleza para las personas.



«Sí. La mera presencia de un dios es suficiente para ser una fuente de fortaleza para las personas».

Las palabras de Rangban le recordaron a Alon cuando la gente empezó a llamarlo «dios».

«Si no recuerdo mal, empezó cuando salvé a Nangwon».

Desde entonces, Alon había curado a varios otros en los templos, similares a la hermana de Nangwon.

Primero fue un miembro de los Dragones.

Luego, una raza cubierta de cuernos que ni siquiera Alon había visto antes.

Por último, un elfo.

Debido a estos actos milagrosos, Alon había llegado a ser venerado como un dios por quienes lo rodeaban.

No lo negó rotundamente.

Por ahora, el simple hecho de no rechazar el título le reportaba muchos beneficios.

No parecía que hubiera desarrollado aún una presencia divina, pero el simple hecho de que lo llamaran dios y de dar a la gente algo en lo que creer mejoró significativamente el ambiente en el escondite.



Donde antes solo había miedo y desesperación, una tenue pero innegable sensación de esperanza había comenzado a arraigarse en sus ojos.

«Sin embargo, no todas las noticias son buenas».

«¿Ah, sí?»

«Sí, parece que la secta Baarma va a actuar pronto».

«Tiene sentido. Llevamos dos semanas causando estragos, era inevitable que acabaran reaccionando».

«Técnicamente, aún quedan docenas de templos, así que podríamos tomarnos más tiempo si quisiéramos, pero...».

«¿Estás diciendo que deberíamos prepararnos?».

«Estás diciendo que deberíamos prepararnos».

«Exacto. Tenemos que reunir a los que quedan y dirigirnos al norte lo más rápido posible».

«¿Cuántos quedan en esta zona?».

«Unos tres. Una vez que rescatemos a todos los que están allí, podremos seguir avanzando hacia arriba mientras recogemos a más personas».

Y entonces...



Después de dudar un momento, Rangban habló.

«Se trata de Dalma».

«¿Has oído algo sobre la tierra natal de Ryanga?».

Rangban se quedó en silencio por un momento y luego abrió la boca con cautela.

«Tengo algo que decirte al respecto».

«…?»

Su expresión era algo sombría.

####

«¿Qué dijiste?»

Hidan, que acababa de regresar del norte por orden de Luna Roja, había recibido una noticia verdaderamente extraña.

No, extraña no era la palabra adecuada.

Al menos desde la perspectiva de Hidan, era algo mucho peor: irritante, siniestro, algo que podía traer la catástrofe.



Así que, con expresión seria, le preguntó de nuevo a Yuna.

Pero la respuesta que recibió...

«… La Gran Luna ha perecido».

«Eso es imposible».

—no cambió.

Por muchas veces que lo preguntara, la respuesta seguía siendo la misma.

Tan absolutamente, devastadoramente igual.

Y entonces...

«… ¿Se ha informado a las otras Lunas?».

«No. Pero como la información comenzó a difundirse hace cinco horas, en uno o dos días…».

Mientras Yuna seguía hablando,

Hidan se quedó en silencio.

Porque instintivamente lo sabía.

Lo que sucedería una vez que se difundiera esta noticia.

Sus ojos comenzaron a temblar incontrolablemente.